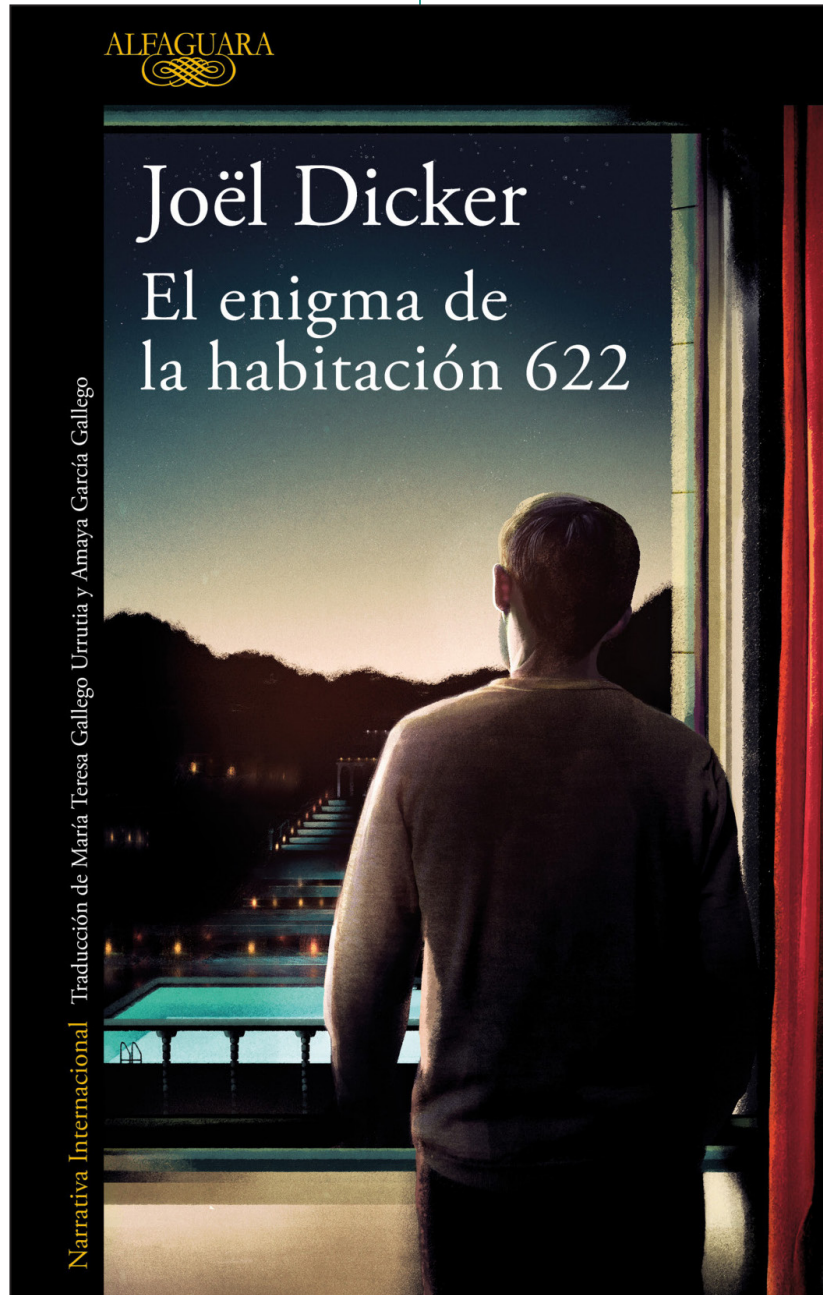




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Tras la muerte de su querido editor, Bernard de Fallois, a los noventa y dos años, Joël Dicker, a quien todos llaman «el Escritor», se recluye en su piso de Ginebra para escribir un libro en su memoria. Una mañana, al volver de su carrera matutina, se cruza con una nueva vecina:

Sloane, una pediatra guapa y recién divorciada con la que inicia una relación amorosa. Tras unos comienzos apasionados, pronto el Escritor retorna a su adicción a la escritura y empieza a desatender a su nueva pareja, por lo que Sloane decide dejarlo. Abatido, Joël decide tomarse

unas vacaciones e ir a desconectar a uno de los lugares preferidos de Bernard: el Palace de Verbier, un magnífico hotel de lujo, construido en el majestuoso marco de los Alpes Suizos.

Allí arranca la extraordinaria historia que el Escritor tendrá que reconstruir junto a Scarlett, una londinense curiosa y perspicaz con la que comparte tabaco y charlas desde el balcón de su dormitorio. Ambos se darán pronto cuenta de que en el pasillo del hotel que comparten falta la habitación 622. Lo que al principio parecía un simple descuido del orden numérico, pronto se revelará ser un secreto que todo el personal del hotel custodia con celo.

¿Qué ocurrió en la habitación 622? Joël y Scarlett se enfrentan al enigma de un asesinato que quedó sin resolver, un misterio cuyo origen se halla hace unas décadas, cuando el banco suizo Ebezner celebró en el Palace de Verbier una fiesta para anunciar el sucesor a la presidencia. Sin embargo, cuando el anciano patriarca Auguste Ebezner iba a nombrar a su hijo Abel presidente siguiendo las tradicionales reglas del banco, el heredero descubre que su hijo Macaire, el más joven de los Ebezner, le ha cedido sin ninguna explicación sus acciones a un misterioso magnate ruso, Siniór Tarnogol.

¿Por qué Macaire cedió sus acciones a un desconocido? Son muchos los enigmas sin resolver que Joël y Scarlett tendrán que solucionar. En una estructura de cajas chinas donde el banco Ebezner solo es la punta del iceberg, Dicker destapa una trama amorosa antigua e insaciable en la que los directivos del banco, Macaire Ebezner y Lev Levovitch, com-

piten por el poder y por el amor de la misma mujer, Anastasia, esposa de Macaire y amante de Lev, joven exitoso y misterioso, solitario, políglota y con un pasado oscuro.

El Escritor y Scarlett descubren que Lev y Anastasia se aman desde que se conocieron. En aquel momento Lev trabajaba como botones junto a su padre en el Palace de Verbier, pero pronto Abel Ebezner se fijó en las aptitudes del muchacho y lo contrató como aprendiz en el banco. Sin embargo, el amor de la pareja no estaba bien visto por la madre de Anastasia, una mujer arruinada y con mayores ambiciones para su hija, quien provoca un malentendido que los separará. Macaire, que también ha estado siempre secretamente enamorado de Anastasia, aprovecha la ruptura de Lev y Anastasia para pedir su mano, y ella acepta.

Nadie puede prever que Lev conquistaría con los años la dirección del banco. Nadie tampoco sabía en aquel momento que Macaire empezaría a colaborar con los servicios secretos suizos. O casi nadie... Porque todos tuvieron que ajustar cuentas con el ruso Siniór Tarnogol, su doble identidad y sus extraños poderes de convicción.

Guiado por el recuerdo de Bernard de Fallois, y al tiempo que enseña a Scarlett las claves de escritura de un buen *thriller*, el Escritor se ve envuelto en una trama de misterio que se convertirá en un verdadero rompecabezas para el lector dispuesto a aceptar los retos de una historia tan intrincada, como sorprendente, en la que los personajes no son lo que parecen ni hacen lo que cuentan.

FRAGMENTOS DESTACADOS

«La habitación 623 era absolutamente espléndida. Con un estilo moderno que contrastaba a la perfección con el ambiente del Palace. Había una zona diurna, con un sofá grande, una chimenea, un escritorio de cara a una ventana que daba al valle y una amplia terraza. En la zona nocturna, una cama enorme y un vestidor contiguo a un cuarto de baño de mármol con ducha italiana y una bañera gigantesca.

Después de pasar revista, volví al asunto de los números de las habitaciones, que me traía a maltraer.

—Pero ¿por qué el “621 bis” y no el “622”? —le pregunté al empleado que estaba colocando el equipaje.

—Sin duda, una equivocación —contestó vagamente.

No me quedaba claro si de verdad no lo sabía o si mentía por omisión. En cualquier caso, no tenía pinta de querer seguir con la charla.

—¿Necesita algo más, señor? ¿Quiere que mande a alguien para deshacer la maleta?

—No, muchas gracias, ya lo haré yo —le agradecí mientras le deslizaba una propina en la mano.

Desapareció de inmediato. Por pura curiosidad, fui a inspeccionar el pasillo: salvo la habitación contigua a la mía, no había ninguna otra “bis” en toda la planta. Era algo muy raro. Pero traté de no

pensar en ello. Al fin y al cabo, estaba de vacaciones.

Mi primer día de vacaciones en Verbier lo dediqué a ir paseando por el bosque hasta un restaurante panorámico donde comí contemplando las vistas. De vuelta en el hotel, disfruté de la piscina termal y luego estuve un buen rato leyendo.

Al caer la noche, antes de ir a cenar al restaurante del Palace, me tomé un whisky en el bar. Acomodado en la barra, estuve charlando con el camarero que era un filón inagotable de jugosas anécdotas sobre los demás huéspedes allí presentes. Ahí fue donde la vi por primera vez: una mujer de mi edad, muy guapa, a todas luces sola, que se sentó en la otra punta de la barra para pedir un Martini Dry.

—¿Quién es? —le pregunté al camarero cuando la hubo atendido.

—Scarlett Leonas. Una huésped que llegó ayer. Viene de Londres. Muy agradable. Su padre es un aristócrata inglés, Lord Leonas, ¿le suena? Habla un francés perfecto, se le nota el nivel de educación. Por lo visto, ha dejado a su marido y ha venido a refugiarse aquí.

Durante las horas siguientes, volví a coincidir con ella dos veces.

Primero, cenando en el restaurante del hotel, donde nos separaban unas pocas mesas. Luego, de forma totalmente inesperada, más o menos a medianoche,

cuando, al salir a la terraza de la suite para fumar, descubrí que se alojaba en la habitación de al lado. Al principio, creí estar yo solo en la oscuridad azulada.

Me había llevado a Ginebra una foto de Bernard y la tenía en la mano. Apoyado en la barandilla, encendí el cigarrillo y la miré con ánimo melancólico. Una voz me sacó de pronto de esa contemplación.

—Buenas noches —oí.

Me sobresalté. Era ella, en la terraza contigua a la mía, discretamente ovillada en un sillón veraniego.

—Perdone, le he dado un susto —me dijo.

—No contaba con tener compañía a estas horas —le contesté.

Se presentó:

—Me llamo Scarlett.

—Yo me llamo Joël.» (p. 26-27)

«—La 621 bis es una habitación emblemática del hotel —nos explicó el portero, divertido de vernos aparecer a semejante hora para preguntarle eso—. Cuando se construyó el hotel, pusieron por error la placa 621 en dos habitaciones. Habría bastado con cambiar una de las 621 por una 622 y listo. Pero el propietario de entonces, el señor Edmond Rose, que tenía mucho ojo para los negocios, prefirió añadir la indicación “bis” debajo del 621 y la habitación se convirtió en la 621 bis. Lo cual despertó la curiosidad de los clientes, que solicitaban esa habitación antes que cualquier otra, convencidos de que tenía algo especial. El truco sigue funcionando, puesto que están ustedes aquí, en plena noche, preguntándome por la habitación de marras.

De vuelta en la sexta planta, Scarlett me dijo:

—O sea, que esta habitación 621 bis no es más que un fallo estructural.

—Para el novelista, no —le recordé—, porque entonces se queda sin historia. En la novela, el portero miente para mantener la intriga. ¿Por qué miente el portero? ¿Cuál es la verdad sobre esa misteriosa habitación 621 bis? ¿Qué sucedió para que la gente del hotel tenga que disimular? Así es como se puede construir una idea a partir de una simple situación.

—¿Y ahora? —preguntó Scarlett.

—Ahora —contesté en broma— le toca profundizar. Yo me voy a la cama.

Qué poco me imaginaba que acababa de echar a perder mis vacaciones.

A la mañana siguiente, a las nueve, me sacaron del sueño unos golpes en la puerta de mi habitación. Fui a abrir. Era Scarlett. Le extrañó mi aspecto soñoliento.

—¿Estaba durmiendo, escritor?

—Sí, estoy de vacaciones. Ya sabe, esos ratos de descanso durante los que lo dejan a uno en paz.

—Bueno, ¡pues se le han acabado las vacaciones! —me anunció ella entrando en mi suite con un libro gordo debajo del brazo—. Porque tengo la respuesta a su supuesta intriga: ¿Por qué hay en el Palace de Verbier una habitación 621 bis en vez de una habitación 622? ¿Porque hubo un asesinato! La ficción supera a la realidad.

—¿Qué? ¿Cómo sabe todo eso?

—Me he ido temprano a uno de los cafés del centro para preguntar a los lugareños. Varios me han hablado del asunto. ¿Puedo tomar un café, por favor?

—¿Cómo dice?

—¡Café, *please!* Al lado del minibar hay una cafetera de cápsulas. Mete la cápsula dentro, aprieta el botón y el café cae en la taza. Ya verá, ¡es magia!

Scarlett me tenía embelesado. Obedecí en el acto y preparé dos expresos.

—No hay nada que indique una relación entre ese asesinato y esa extravagancia de la habitación 621 bis —le hice notar mientras le llevaba la taza.

—Espere a ver lo que he descubierto —me dijo ella conforme abría el libro que había traído.

Me acomodé a su lado.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Un libro sobre la historia del Palace —me explicó, pasando las páginas—. Lo he encontrado en la librería del pueblo.

Se detuvo en la foto de un plano arquitectónico del hotel y puso el dedo encima.

—Es de la sexta planta —dijo—. ¡Menuda suerte! Mire, este es el pasillo y aquí se ve, en cada suite, el número. ¡Son una secuencia lógica, fíjese! Y aquí está, en efecto, la 622, entre la 621 y la 623.

Comprobé, estupefacto, que Scarlett estaba en lo cierto.

—¿Qué está pensando? —le pregunté, seguro de que algo le rondaba la cabeza.

—Que el asesinato ocurrió en la habitación 622 y que la dirección del hotel quiso borrar por completo esa historia.

—No es más que una hipótesis.

—Que vamos a comprobar. ¿Tiene coche?

—Sí, ¿por qué?

—¡Pues andando, escritor!

—¿Cómo que andando? ¿Adónde quiere ir ahora?

—A los archivos de *Le Nouvelliste*, el periódico regional más importante.

—Es domingo —le hice notar.

—He llamado a la redacción. Abren en domingo.» (p. 31-33)

«3. Comienza el caso

Domingo 9 de diciembre, siete días antes del asesinato

El avión estaba retenido en la pista del aeropuerto de Madrid. Por megafonía, el comandante había anunciado a los pasajeros que, debido a las copiosas nevadas, el aeropuerto de Ginebra había tenido que cerrarse por un breve espacio de tiempo, el necesario para despejar la pista. El avión tardaría media hora como mucho en poder despegar.

Lo que no era sino una molestia sin mayores consecuencias para la mayoría de los viajeros embarcados, parecía contrariar sobremanera a Macaire Ebezner, un pasajero sentado en la primera fila de la clase *business*. Con la mirada fija en la ventanilla, se acabó en dos sorbos la copa de champán con que la azafata lo había obsequiado para entretener la espera. Estaba nervioso.

Algo no andaba bien. Tenía el convencimiento de que no habían inmovilizado el avión por la nieve sino porque habían dado con él. Iban a ir a pescarlo a bordo de ese avión. Lo presentía. Estaba atrapado como una rata. Sin forma de escapar. Mientras miraba la pista por la ventanilla, vio de pronto un coche de policía que se acercaba deprisa al aparato con las luces giratorias encendidas. Notó que se le aceleraba el corazón. Lo habían pillado.

La víspera, a media tarde, en el barrio de Salamanca, en el centro de Madrid.

Macaire y Pérez salían de la boca de metro de Serrano. Acababan de identificar al informante y de hacerse con los documentos en su piso antes de escapar en metro para mayor discreción. Pero al salir del vagón, a Pérez le dio la impresión de que los iban siguiendo. Mientras subían las escaleras para salir a la calle se confirmaron sus sospechas.

—No te des la vuelta —le ordenó a Macaire—. Hay dos tíos pisándonos los talones desde hace un rato.

Por el tono de voz, Macaire comprendió que estaban acabados. Y eso que habían aprendido a fijarse en las señales: su falta de atención iba a salirles muy cara.

Notó un subidón de adrenalina.

—Tú ve por la derecha —le dijo entonces Pérez—. Yo me voy por la izquierda. Nos vemos luego en el piso.

—¡No te voy a dejar solo!

—¡Ya! —ordenó Pérez—. ¡Haz lo que te digo! ¡La lista la tienes tú!

Se separaron. Macaire tiró a la derecha y fue calle arriba apretando el paso. Vio parado en el arcén un taxi del que acababa de bajarse un cliente y se metió dentro a toda prisa. El taxista arrancó y Macaire miró hacia atrás: no había ni rastro de Pérez. Macaire se bajó en la Puerta del Sol y se mezcló con la riada de turistas. Se metió en una tienda de ropa de la que salió cambiado de arriba abajo, por si habían dado una descripción suya.

Como no sabía qué hacer, acabó llamando al número de emergencia. En doce años, era la primera vez que lo utilizaba. Encontró una cabina cerca del Retiro y marcó el número que se sabía de memoria. Se identificó al telefonista que le contestó y le pasaron con Wagner, que le anunció la mala noticia.

—La policía española ha detenido a Pérez. No tienen nada contra él. Lo van a soltar. De todas formas, tiene pasaporte diplomático.

—Tengo la lista —indicó entonces Macaire—. Sí que era nuestro hombre.

—Perfecto. Queme esa lista y atégase al protocolo. Váyase al piso y vuelva a Ginebra mañana como estaba previsto. No se preocupe. Todo irá bien.

—Muy bien —asintió Macaire.

Antes de colgar, su interlocutor le dijo, con una voz casi divertida que desentonaba con la gravedad de la situación:

—Ah, ya que lo tengo al teléfono: sale usted en el periódico. Es oficial.

—Ya lo sé —respondió Macaire, casi irritado por el tono desenfadado de su interlocutor.

—¡Bravo!

La comunicación se cortó de golpe.

Ateniéndose a las consignas que acababa de recibir, Macaire volvió al piso tomando todo tipo de precauciones y quemó la lista. Se arrepentía muchísimo de haber aceptado ese viaje que iba a ser el último. Le daba miedo que fuera el que estaba de más. Tenía mucho que perder: su mujer, su vida de ensueño y el ascenso que lo estaba esperando. Dentro de una semana sería presidente del banco de su familia, uno de los bancos privados más importantes de Suiza. Una indiscreción se lo había filtrado a la edición de fin de semana de *La Tribune de Genève*, en el número de ese mismo día. Había recibido mensajes y parabienes de todo el mundo. Excepto de su mujer, Anastasia, que se había quedado en Suiza. Como siempre, para ese tipo de viaje se las había arreglado para que ella no lo acompañase.»
(pp. 35-37)

PREGUNTAS Y COMENTARIOS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Por primera vez, Dicker sitúa la trama principal de una novela en su Suiza natal. No lo había hecho hasta ahora porque afirmaba que le resultaba difícil crear una ficción en un lugar que para él es tan auténtico y está tan vinculado a sus propias vivencias. ¿Se nota en la novela este vínculo afectivo? ¿Son Suiza en general y Ginebra en particular protagonistas pasivas del libro? ¿En qué aspectos? ¿Creéis que podría haberse situado la trama en cualquier otro lugar?
2. Lo que no es una novedad para Dicker es incluir en sus novelas elementos metaliterarios. En *El enigma...*, uno de ellos es el homenaje a su editor, Bernard de Fallois, presente en el libro desde la mismísima dedicatoria y en varios pasajes, más o menos extensos (entre los que destacan los capítulos 9, 20, 31, 50, 67 y 74). Esta historia, abiertamente basada en una experiencia personal de Dicker, ¿consideráis que contrasta con las tramas narrativas o se integra con ellas? ¿Os resulta más o menos atractiva e interesante? ¿O igual?
3. Hablando de metaliteratura, al igual que sucedía en *La verdad sobre el caso Harry Quebert*, el Escritor de *El enigma...* también va dando pistas o consejos sobre cómo escribir un libro, aunque no de forma tan explícita. ¿Qué os parecen estos consejos? ¿Os resultan más o menos relevantes en comparación con los de *La verdad sobre el caso Harry Quebert*?
4. Otra característica de las novelas de Dicker son los personajes muy elaborados, con retratos personales e incluso familiares muy minuciosos, aunque no tengan un papel protagonista en la novela. ¿Cuál es el más logrado (o no) en *El enigma...*? ¿Por qué?
5. Y no podíamos olvidarnos de la característica estrella de Dicker, que es su capacidad para mezclar tramas que acaban cruzándose (y hasta enredándose) y convergiendo en un mismo punto. ¿Qué creéis que se le da mejor a Dicker: alternar varios hilos temporales o contar los mismos hechos desde el punto de vista de cada implicado? Este aparente desorden, ¿hace más difícil resolver el enigma o, por el contrario, cada «trama paralela» ilumina las zonas de sombra de las demás?

6. Al hilo del tema anterior, ¿es Dicker un «escritor mentiroso» que se guarda información para que el final resulte inesperado y efectista, o bien va colocando estratégicamente a lo largo de la novela elementos que permiten deducir la solución del misterio? ¿Preferís los finales sorprendentes (aunque sea con «trampa») o los que se pueden anticipar captando e interpretando las claves que da el autor?
7. Aunque Dicker ya nos tiene acostumbrados a los efectos teatrales y a los giros inesperados de la trama, el final de esta novela, cuando sale a la luz la faceta camaleónica (por no decir «mortadelesca») de los Levovitch, resulta particularmente espectacular. Hay quien lo ha visto como la clave para darle a la novela un enfoque humorístico que «lo cambia todo». ¿Consideráis que es acertado este enfoque?, ¿hay otros elementos en la novela que lo sustenten?
8. ¿*El enigma...* cuadra mejor en el género policíaco y de suspense o en el de humor y parodia? ¿O en ambos?
9. Dicker ya tiene una novela adaptada para serie de televisión. De hecho, se dice que tiene un estilo bastante visual que facilita imaginarse sus historias en formato cinematográfico. ¿Estáis de acuerdo? ¿Creéis que *El enigma...* se podría adaptar al cine o para serie? ¿Qué ejemplos encontráis en pro y en contra en la novela?
10. De todas las «historias dentro de la historia» que aparecen en este libro, ¿cuál destacaríais? ¿La de Dicker y su editor, la de la familia Levovitch, la trama de «espionaje bancario» de Macaire Ebezner, la ambiciosa trayectoria de Olga von Lacht y sus hijas, el propio asesinato que da título a la novela...? ¿Por qué?
11. Como si de uno de los giros argumentales de sus novelas se tratara, a principios del mes de marzo de 2021, Dicker anunció públicamente su intención de no seguir publicando en la editorial de Bernard de Fallois y de fundar la suya propia (que no es lo mismo que autopublicarse). A la luz de lo que cuenta Dicker en *El enigma...* sobre la relación con su editor y su andadura como escritor de éxito, ¿qué opinión os merece esta decisión? ¿Acabará el Dicker editor con el Dicker escritor o, por el contrario, lo fortalecerá?

EL AUTOR



JOËL DICKER nació en Suiza en 1985. En 2010 obtuvo el Premio de los Escritores Ginebrinos con su primera novela, *Los últimos días de nuestros padres* (Alfaguara, 2014). *La verdad sobre el caso Harry Quebert* (Alfaguara, 2013) fue galardonada con el Premio Goncourt des Lycéens, el Gran Premio de Novela de la Academia Francesa, el Premio Lire a la mejor novela en lengua francesa y, en España, fue elegida Mejor Libro del Año por los lectores de *El País* y mereció el Premio Qué Leer al mejor libro traduci-

do y el XX Premio San Clemente otorgado por los alumnos de bachillerato de varios institutos de Galicia. Traducida con gran éxito a cuarenta idiomas, se ha convertido en un fenómeno literario global. Alfaguara también ha publicado su relato *El Tigre* (2017) y sus novelas *El Libro de los Baltimore* (2016), en la que recuperaba el personaje de Marcus Goldman como protagonista, *La desaparición de Stephanie Mailer* (2018) y *El enigma de la habitación 622*.

DECLARACIONES DEL AUTOR

SOBRE EL ENIGMA DE LA HABITACIÓN 622

«*El enigma de la habitación 622* es una novela muy especial para mí: sin duda la más personal, y tal vez la más ambiciosa. Es una novela policiaca, pero también un homenaje a mi editor, Bernard de Fallois. También es la primera vez que la historia transcurre en Suiza, más concretamente en Ginebra, donde vivo. No es fácil trasladar a la ficción el lugar de tu realidad cotidiana. Todos estos elementos hacen que esta novela tenga para mí una resonancia particular y que espere su publicación con muchos nervios, como si se tratara de mi primer libro.»

SOBRE LOS LIBROS Y LA ESCRITURA:

«Los libros son más fuertes que la vida.»

«*La verdad sobre el caso Harry Quebert* fue siempre para mí el primer volumen de una trilogía. Tras *El Libro de los Baltimore* deseo hacer una pausa pero no abandono la idea original.»

«No sé qué es el miedo de la página en blanco. Escribo todos los días desde hace años. Todavía tengo esa sensación de un desbordamiento en la cabeza que tengo que plasmar sobre la página. Incluso durante los viajes de promoción ese deseo se mantiene intacto.»

«Es verdad lo que dice Marcus, nunca se deja de escribir, aunque no se haga físicamente. Los escritores estamos trabajando constantemente, observamos, tomamos nota. De enero a junio me levantaba a las cuatro de la mañana, con energía, con el entusiasmo de la escritura. Después de unos meses no podía con mi alma.»

«Creo que es peligroso para un escritor utilizar la escritura como terapia.»

«De niño me aburría mucho en el colegio. Cuando hacía preguntas me trataban de pedante. Dejé de hacerlas y desconectaba en las clases. Cuando empecé a escribir encontré al fin una actividad que no me resultaba aburrida.»

«No tengo un plan a la hora de escribir. Disfruto careciendo de él. Creo que reduciría mis posibilidades.»

«Escribo porque es la única cosa que sé hacer realmente.»

«Los libros dan la posibilidad de inventar otra vida, de salir de nuestro cuerpo, de nuestro espíritu. Son más fuertes que el cine.»

«En una buena novela cada personaje tiene su verdad.»

«Todo me sirve como fuente inspiración. Lo que leo, lo que veo en televisión o en el cine, museos que visito, las escenas que presencio en las calles o en el avión. Todo eso, todo lo que ven nuestros ojos, sentimos, llega a algún punto de nuestro cerebro. Y entonces, un día todo el magma se reúne y forma un material que fluye de nosotros y que es la inspiración.»

«Romain Gary, Marguerite Duras, John Steinbeck, Dostoievski, Albert Cohen o Joseph Conrad son escritores que me inspiran.»

«Me gustaría escribir desde el punto de vista de una mujer pero todavía no me siento capaz. Es muy difícil hacerlo bien. Yo diría que es más difícil para los hombres. Para mí las mujeres son más valientes que los hombres, son más fuertes, más seguras. El hombre es más flexible, menos aguerrido. Por lo tanto, tendría miedo de fallarle a mi personaje. No es suficiente ponerle un nombre de mujer a un personaje y que todo se vuelva femenino. Debemos ser capaces de tener el valor de una mujer. Me gustaría en la vida tener el valor de una mujer, pero sé que no es el caso.»

«Yo no espero nada en concreto de los libros. Hay grandes novelas, como *Bella del señor*, que están por encima de cualquier cosa, de los amigos, del cine e incluso del amor. No hay nada más fuerte que estar atrapados por una novela. Nos permite mantener nuestra capacidad de asombro.»

SOBRE LOS LECTORES Y EL ÉXITO:

«El cambio en mi vida no fue la presión, ¡sino tener lectores! Antes de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* había escrito cuatro novelas que habían sido rechazadas por editores y que por tanto no habían sido leídas por el público. Después de *Los últimos días de nuestros padres*, mi primer libro, tuve unos pocos lectores. Pero después de Harry Quebert el cambio fue radical.»

«Quería proponer a los lectores que hicieran un largo camino conmigo. No hay que guiarse por los supuestos deseos de los lectores.»

«Me siento muy honrado cuando los lectores me cuentan que han dejado todo por terminar un libro mío o cuando los estudiantes empiezan a leerme. No pienso en qué les ofrezco yo, sería muy pretencioso.»

«Quiero pensar que el éxito no me ha cambiado.»

«No creo en la perfección. Estoy vivo, por lo que soy imperfecto.»

«Cuando las críticas se basan en argumentos sólidos las tengo en cuenta. Todavía tengo mucho que aprender.»

«A lo mejor el éxito de *La verdad sobre el caso Harry Quebert* tiene que ver con que está impregnada de las buenas emociones que he vivido en la costa estadounidense de Maine, donde he pasado todos mis veranos. Además, la escribí desde el deseo de que fuese un libro tanto para jóvenes como para mayores, para hombres y para mujeres, para aquellos a los que les gusta leer mucho y para los que no leen casi nada. Un libro que fuese un punto de encuentro, como una cena para invitados de distintas procedencias. Un libro que uniese a la gente.»

«Mi objetivo es escribir un buen libro. Hay gente que busca pasar un momento agradable, evadirse; otros, un mensaje filosófico, y otros, la calidad de las palabras. Por eso hay libros que nos gustan y otros que no. Yo busco en un buen libro enriquecerme, pero en el sentido más modesto de la palabra. Puede ser que me saque de una situación difícil, pero también aprender. Un buen libro es el que lamentamos haber terminado.»

«Las mujeres leen mucho más que los hombres, por lo que me alegra tener tanto público femenino. Sé que la juventud juega a mi favor. Quiero volver a poner de moda la literatura. Estaría bien demostrar que un *bestseller* puede tener calidad. Hay gente que piensa que un escrito, para ser brillante, ha de ser difícil de comprender. No lo comparo. La gente no es idiota por no leerle.

Basta ya de culpar al lector. El cine sí ha conseguido ser *cool* y de calidad al mismo tiempo.»

«No sé por qué mi novela ha tenido tanto éxito, especialmente entre los jóvenes, no hay una fórmula mágica... No se puede escribir un libro con el único objetivo de que tenga éxito. Pero lo que me sorprende es la cantidad de jóvenes que me dicen: "A mí, que no me gustaba leer... He devorado la novela y ahora quiero leer otros libros". Ha habido una especie de llamada a la literatura con este libro. Es algo fantástico, llama a otros libros. Es una gran satisfacción que muchos jóvenes hayan descubierto a través de mi novela que hay cosas interesantes más allá de los videojuegos, las tabletas y los móviles.»

«Mis consejos para jóvenes escritores son soñar, escribir, fracasar. Soñar más, escribir más y fracasar otra vez. Soñar de nuevo, fracasar de nuevo, escribir de nuevo. Y de manera más general, disfrutar con la escritura porque el texto es para nosotros, que se publique o no luego, ya se verá. Que la escritura no haga sufrir, ya hay razones suficientes para sufrir que no tienen que ver con la literatura.»

«Empleo las redes sociales porque quiero estar allí donde estén mis lectores, relacionarme con ellos. Los autores deberíamos ocupar espacio en las redes y no dejarlo todo para pocos imbéciles. Siempre apoyo los pocos booktubers que hay, queremos que nos lean pero no queremos dar nada de nosotros mismos ni participar, y no es posible.»

«No creo haber llegado a mi madurez profesional, me siento cada vez más como un artesano, con un aprendizaje empírico: después de nueve novelas y cuatro de ellas publicadas me considero un escritor joven en proceso de aprendizaje.»

SOBRE LA RELACIÓN CON SU EDITOR:

«Escribir cuatro novelas y recibir cartas de rechazo es la mejor preparación para el éxito. Cuando este llega, se sabe que es volátil. Todo depende del libro. Lo que a mí me ayuda es tener un grupo de personas que me quieren a pesar de todo. Mi editor, Bernard de Fallois, siempre me ha

recordado que hay que seguir aprendiendo, seguir haciéndolo mejor.»

«Mi editor y viejo amigo Bernard de Fallois era un pilar de mi vida, creía en su palabra ciegamente. Con su muerte he perdido a un maestro y a un amigo.»

«Bernard de Fallois me dijo que si mi siguiente novela no era buena, no me la iba a publicar.»

«Bernard de Fallois trabajaba a la antigua, de una manera casi artesanal. Envié *El Libro de los Baltimore* a los editores que habían publicado *La verdad sobre el caso Harry Quebert*. Si les gustaba, les daba los derechos. No había preventas. Me gustaba su manera de trabajar.»

Declaraciones extraídas de las siguientes entrevistas realizadas al autor:

Tribune de Genève (8 de septiembre, 2012), Pascale Zimmermann
Le Temps (9 de septiembre, 2012), Lisbeth Koutchoumoff
Le Matin Dimanche (20 de septiembre, 2015), Jean-Jacques Roth
Elle (25 de septiembre, 2015), Pascale Frey
Le Quotidien de la Côte (25 de septiembre, 2015), Daniel Bujard
 RTL (29 de septiembre, 2015)
Le Vif/L'Express (2 de octubre, 2015), Isabelle Falconnier
Paris Match (12 de octubre, 2015)
Paris Match (15 de octubre, 2015), Valerie Trierweiler
La Voz de Galicia, Enrique Clement
Heraldo de Aragón (Artes y Letras), Aloma Rodríguez
Gentleman, Ana G. Moreno
Le Matin Dimanche (25 de febrero, 2018), Isabelle Falconnier
Tribune de Genève (1 de marzo, 2018), Pascale Zimmermann
Le Journal des Femmes (7 de marzo, 2018)
Elle (9 de marzo, 2018), Pascale Frey
Paris Match (Belgique) (15 de marzo, 2018), Valérie Trierweiler

LA CRÍTICA HA DICHO

«El arte y la destreza de un contador de historias nato, de alguien que parece haber nacido con el don de envolver a quien le lea con su narración. Esta novela es una caja de sorpresas dentro de una caja de sorpresas, casi una muñeca rusa interminable, una historia donde los personajes se engañan, son engañados y a veces se engañan a sí mismos, lo que es una especie de última vuelta de tuerca.»
Lorenzo Silva

«Voluntad, secretos e intriga: el camino al éxito. El autor superventas lleva la trama de su nueva novela al ámbito financiero en Suiza y construye un *thriller* híbrido en el que juega con él mismo como personaje. Se pueden decir muchas cosas, y se han dicho, sobre Joël Dicker, pero no que no sepa lo que quiere, cómo conseguirlo y a quién se lo debe.»
Juan Carlos Galindo, *El País*

«Cuando abres un libro de Joël Dicker no puedes soltarlo: [...] un *thriller* diabólico, construido con la precisión de un reloj suizo. [...] Dicker vuelve a regalarnos su mundo y su manera de conectar con el lector. Sus historias, una vez más, nos llevarán de la mano a lo más profundo de la mente humana.»
Cultura Inquieta

«Una compleja arquitectura literaria a base de *flashbacks*, laberínticos interludios, equívocos argumentales y un suspense en la mejor tradición de Agatha Christie o el *Mr. Ripley* de Patricia Highsmith.»
Vanessa Graell, *El Mundo*

«Una vuelta de tuerca a la metaliteratura [...], con una estructura envidiable, retorcida, y un gran truco final.»
Verónica García-Peña, *El Comercio*

